

ción y por su bóveda. Comunicando con el *Tepidarium*, estaba el *Calidarium* ó baño caliente, como se puede observar por los caloríferos que aparecen dentro de los muros, y contigua á esta otra gran sala circular en el fondo del edificio. Atrás del pórtico y de las cámaras que circundan el recinto, se ve la *piscina*, en donde entraba el agua por nueve aberturas que todavía existen.

CAPÍTULO DÉCIMONOVENO.

La Tumba de Cayo Sexto.—La Abadía de las Tres Fuentes.—La basílica de San Pablo.—San Pedro *in Vinculis*.—El puente de San Angelo.—El Castillo.—San Pedro *in Montorio*.—Santa María *in Trastevere*.

HEMOS recorrido la mayor parte de las iglesias y monumentos más importantes que se hallan dentro de los muros de la ciudad, y hemos dado cuenta de algunas excursiones hechas fuera de las murallas: réstanos dar conocimiento al lector de una de estas últimas excursiones, para visitar la gran basílica de San Pablo. Saldremos por la puerta del mismo nombre, que en otro tiempo fué llamada Ostiense, y nos detendremos á contemplar la imponente tumba conocida con el nombre de Pirámide de Cayo Sexto, el monumento acaso mejor conservado de todos los que nos quedan de la antigua Roma. Tiene la forma cuadrangular como las de Egipto, y está construida con toba y travertino, revestida de mármol blanco; mide 36 metros de altura, y cada una de sus faces, en la parte más ancha, tiene cerca de 29 metros. Por el lado del camino se ven dos inscripciones que manifiestan haberse edificado la pirámide en honor de Cayo Sexto, para depositar allí sus cenizas. La cámara sepulcral está al nivel del sub-basamento, que es de travertino, y mide 5 metros 75 centímetros de largo, sobre 4 de ancho y 4.20 de altura. Las paredes de esta cámara están pintadas con candelabros de forma esbelta y elegante, con figuras de hombres tocando flautas, con vasos, con ofrendas, y en la bóveda se veían genios alados.

Cayo Sexto era uno de los *septemviro*s de los *epulones*, llamados así porque preparaban los *epula* ó sea los banquetes de los dioses, con ocasión de señaladas victorias, ó cuando alguna grande calamidad amenazaba á la república.

Siguiendo la dirección de la Vía de Ostia, se halla en el camino la Abadía de las Tres Fuentes. Refiere la tradición cristiana que en este sitio sufrió el martirio el Apóstol de las gentes: al rodar su cabeza por el suelo, dió ésta tres saltos, y en cada uno de los sitios en que tocó la tierra, brotaron milagrosamente manantiales de agua cristalina. Tres iglesias fueron edificadas por los antiguos cristianos en este lugar, que se llamó *ad Aquas Salvias*.

La iglesia que hoy existe fué renovada en 1590 por el Cardenal Pedro Aldobrandini; bajo la dirección de Jacobo de la Porta, quien le hizo una hermosa fachada. En el interior hay dos altares, uno con el cuadro de la Crucifixión de S. Pedro, copia del de Guido que se halla en el Vaticano, y el otro con la degollación de S. Pablo pintado por Passerotto. Las tres fuentes de agua milagrosa, están decoradas en forma de altares que adornan bellas columnas de verde antiguo.

Llegamos por fin á la gran basílica de San Pablo extramuros, una de las iglesias más antiguas de Roma, y sin embargo, la de aspecto más moderno, y acaso la última de las que han sido reconstruidas casi por completo en los tiempos actuales.

Para santificar el sitio en que fué sepultado el cuerpo del Apóstol, Constantino el Grande hizo edificar esta iglesia en una quinta de la propiedad de Lucina, señora romana convertida al Cristianismo. En 386 los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio, comenzaron la reedificación de la Basílica, bajo un plan mucho más extenso; habiendo sido terminada la obra por el sucesor de aquellos, Honorio, según lo atestigua una inscripción en verso que se lee arriba de uno de los arcos de la nave principal. En la sucesión de los siglos, muchos Papas restauraron é hicieron decorar la Iglesia. En los últimos tiempos y particularmente bajo el reinado del Sumo Pontífice Pío VII, habíase gastado sumas

considerables en la restauración de los techos y en otras importantes reparaciones, cuando en la noche del 15 al 16 de Julio de 1823 declaróse un terrible incendio que convirtió en cenizas la magnífica techumbre, hizo desaparecer las ricas decoraciones de las paredes, destruyendo éstas en su mayor parte; dejando así de existir la obra de muchos siglos, la basílica más antigua no solamente de Roma sino de la Cristiandad.

Cuando acaeció el siniestro, hallábase gravemente enfermo el Sumo Pontífice Pío VII, y murió sin haber tenido noticia del desastre.

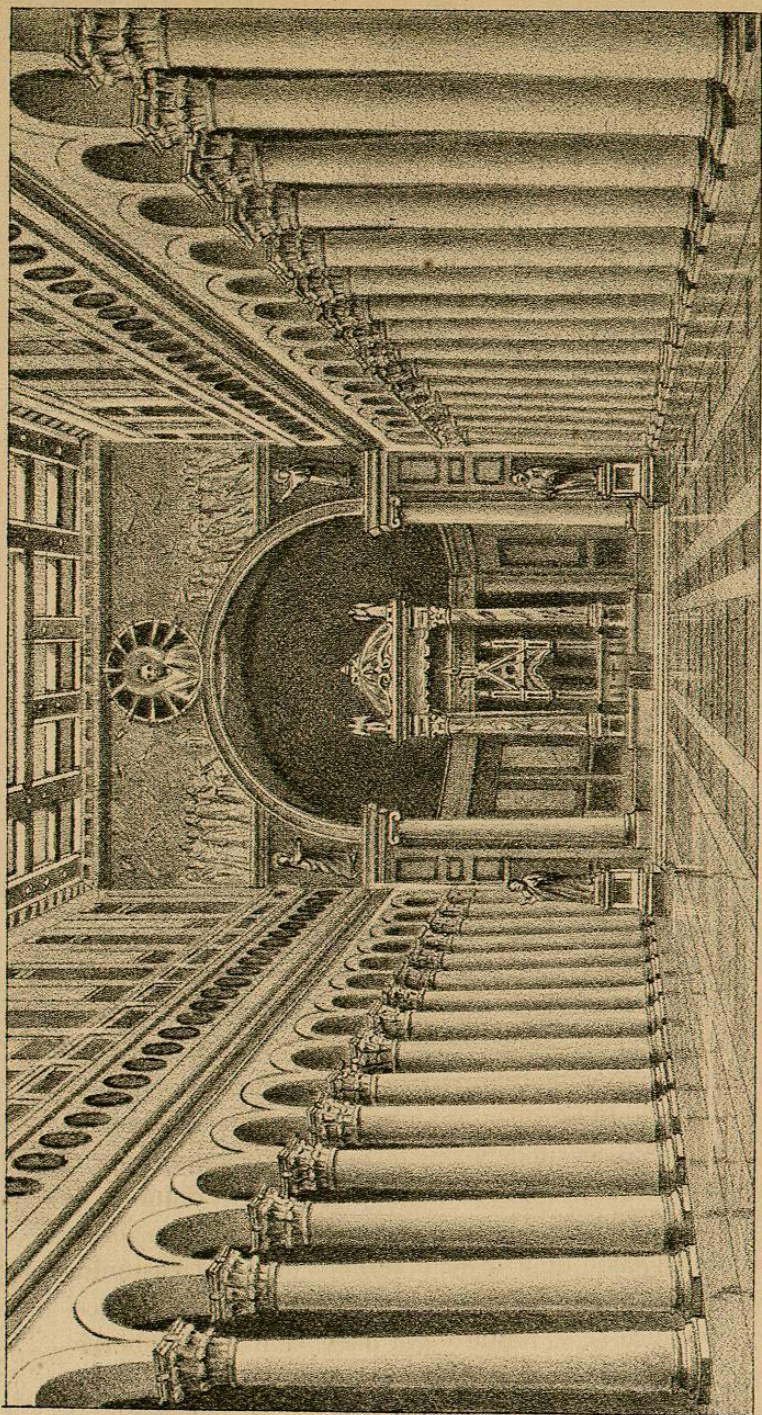
León XII, que le sucedió, puso toda solicitud para que la basílica Ostiense resucitara de sus cenizas majestuosa y digna de la magnificencia romana. Dirigió cartas pastorales á todos los Obispos del mundo católico, invitándoles á recoger y á enviar á Roma las ofrendas de los fieles para la reconstrucción de la basílica. La invitación produjo el efecto deseado; los dones de los fieles llegaron á Roma en tan considerables sumas, que animaron al Santo Padre á reedificar la iglesia bajo un plan mucho más grandioso que el que se había propuesto. La ejecución de la obra fué encomendada á los mejores arquitectos de Roma, después de haber oído la opinión de la Insigne Academia de San Lucas acerca de los proyectos presentados. Muerto León XII los pontífices que le sucedieron, Pío VIII y Gregorio XVI, prosiguieron empeñosamente la construcción de las obras, y por último el gran Pío IX, que les dedicó una especial atención, tuvo el gusto de consagrar esta nueva é imponente basílica el 10 de Diciembre de 1854.

Una descripción detallada de este magnífico templo, que si bien nada tiene de común con San Pedro en cuanto á la forma y á las proporciones, compite con él en grandiosidad y en la riqueza de la ornamentación; una descripción, decíamos, pormenorizada de todo lo que encierra la suntuosa basílica, ocuparía un volumen que ni tendríamos la paciencia de escribir ni nuestros lectores de leer. A grandes rasgos daremos idea del aspecto general de la basílica, llamando la

atención en particular solamente respecto de aquellas cosas que más sorprenden al visitante.

Dos son las fachadas principales en el exterior de la basílica, la del lado Oriente, que ostenta un pórtico de doce columnas de mármol griego jaspeado, y la del Norte, que todavía no está terminada, y tiene siete puertas, tres que corresponden á la nave central y dos de cada lado á las naves laterales. Por el lado Sur se admira el sorprendente campanario de gigantescas proporciones, construido desde la base hasta la cima con piedra de travertino.

Pasando al interior, es necesario colocarse en la puerta del centro de las que se hallan por el lado Norte, y desde ahí abarcar con la vista el inmenso espacio que se halla encerrado dentro de los muros de aquel grandioso templo. Cuatro hileras de soberbias columnas corintias, forman las cinco amplísimas naves de este inmenso edificio, cuyas proporciones gigantescas á diferencia de la Basílica Vaticana, pueden ser apreciadas al primer golpe de vista. Ochenta columnas de granito con capiteles y bases de mármol blanco, reproduciéndose sobre un pavimento de transparentes mármoles que reflejan á la vez los colores y el dorado de las paredes y de la techumbre; elegantes arcadas recibiendo un magnífico entablamento de mármol, en cuyo friso se ostentan en mosaicos elegantes medallones con los retratos de los Sumos Pontífices; sorprendentes frescos alternando con las ventanas en el cuerpo superior, limitando la nave central el gran arco llamado de Placidia, embellecido con un antiguo mosaico que salvó del incendio de 1823, sostenido por dos soberbias columnas jónicas de granito: en medio de la gran nave y correspondiendo al centro de la que forma el crucero, el antiguo altar papal de la confesión, adornado con cuatro columnas de bello pórfido que sostienen un baldaquino gótico en forma piramidal, colocado dentro de otro suntuosísimo, sostenido por cuatro riquísimas columnas de alabastro oriental, y cerrando el cuadro en el fondo de la nave central el soberbio ábside del presbiterio decorado con pilastras de preciosos mármoles, con bajo-relieves, con antiguos mosaicos, y otra



LIT. G. MONTAURIOL. MÉXICO.

INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN PABLO.

EXTRA-MUROS, EN ROMA.

porción de adornos muy estimables; tal es el conjunto que ofrece á la vista del observador la gran basílica de San Pablo.

Necesario es detenerse á contemplar la nave transversal que forma el crucero, que por sí sola constituye un magnífico templo de bellísimas proporciones y ricamente decorado. Revestidas sus paredes de precioso mármol de Carrara, resaltan sobre ellas, á distancias proporcionadas y con rigurosa simetría, veinticuatro pilastras acanaladas de mármol violado, formadas con los restos de la antigua basílica, siendo las bases y capiteles de mármol blanco. En cada una de las extremidades de esta nave, hay un altar adornado con cuatro hermosas columnas corintias de mármol violeta, que decoraban la basílica antes del incendio. Descansando sobre las pilastras que van descritas, el entablamento de mármol blanco, á la misma altura que viene circundando dicha cornisa la nave central y las laterales, continúa la serie de medallones en mosaico de los retratos de los Sumos Pontífices; sobre la cornisa del entablamento se levanta un cuerpo superior de arquitectura que adornan bellísimas pilastras de escayola, armonizando en los colores y en la forma con las del cuerpo inferior, y en los espacios intermedios, revestidos también de bruñido estuco, alternándose con hermosas ventanas con vidrios de colores, magníficas pinturas al fresco, relativas á varios asuntos de la vida de San Pablo, que la munificencia del inmortal Pío IX á sus propias expensas hizo ejecutar por los más distinguidos artistas italianos. Rematando este segundo cuerpo, una soberbia cornisa recibida sobre elegantes ménsulas, ostenta el magnífico artezonado de preciosas maderas, formando cajones decorados con bajo-relieves, rosetones y arabescos de muy exquisito gusto.

En el muro en que se abre el ábside del presbiterio, á los lados de éste ábrense también cuatro entradas que corresponden á otras tantas capillas, dos de cada lado. La más inmediata al derecho está dedicada á San Esteban y es elegantísima: la enriquecen pilastras corintias de granito rojo oriental, un magnífico entablamento de mármol con friso de la misma piedra y una elegante bóveda decorada con pri-

morosos estucos: el altar ostenta en sus columnas, en sus cornisas, molduras y basamento el más bello pórvido y los mármoles más exquisitos. La segunda capilla conserva la arquitectura que le dió el celebrado Carlos Maderno, y allí se venera la imponente figura del Crucificado esculpida en madera, por Cavallini: se cree que es la misma que vió animarse Santa Brígida, (*Birgita*) y le habló varias veces: está igualmente enriquecida con pilastras corintias acanaladas de mármol blanco, entre las cuales se abren ocho nichos: las paredes están revestidas en toda su extensión de ricos mármoles de colores, lo mismo que el pavimento, y la bóveda embellecida con hermosos grupos de ángeles pintados sobre un fondo de oro. La tercera capilla es elegantísima; está dedicada á San Benito y la adornan doce columnas, seis de cada lado, que se levantan sobre un sub-basamento de granito y sostienen la bóveda dividida en cajones decorados con bajo-relieves de estuco: el altar construido con mármoles exquisitos de color, ostenta la bella estatua de San Benito esculpida por Tenerani. La última capilla está destinada á servir de coro á los canónigos: su arquitectura es la misma de Carlos Maderno y su decoración es de pórvidos y mármoles; el pavimento marmóreo también, y la bóveda pintada con magníficos frescos de autores florentinos.

Después de haber examinado todas estas bellezas, ó más bien antes de examinarlas, el visitante cristiano debe arrojarse delante del baldaquino que ya hemos descrito, para venerar las reliquias de los santos Apóstoles que allí están depositadas. Sabido es que allí se encuentra una parte de los cuerpos del Príncipe de los Apóstoles y del Apóstol de las gentes, hallándose la otra parte abajo del altar de la Confesión en la Basílica Vaticana.

Después de haber recorrido la nave principal y la del crucero, debe seguirse dando vuelta por las naves laterales para admirar la suntuosa decoración de las paredes que cercan la iglesia en sentido longitudinal: revestidas de mármol blanco con resaltes de otros mármoles preciosos de diversos colores, ostentan de cada lado veintidós pilastras de bello cipolino con

bases y capiteles de mármol blanco: en los espacios que dejan libres las pilastras, se abren veinte elegantísimas ventanas con vidrios de colores, que dejan ver las figuras de los Apóstoles y de ocho de los principales Doctores de la Iglesia latina y griega. Las cuatro naves laterales están cerradas con ricos arcezonados, armonizando en su forma y ornamentación con los de la nave principal y del crucero.

Bella, muy bella y suntuosa en su conjunto y en sus detalles la gran basílica de San Pablo, es objeto de grande admiración para los artistas, y su riqueza sorprende al visitante aunque haya recorrido antes todas las iglesias de Roma, sin excluir San Pedro. Esta basílica además tiene para el viajero mexicano el interés que no puede menos de inspirar una obra de arte á la cual hemos prestado, aunque en pequeña escala, nuestro contingente: las Diócesis de la República contribuyeron con su óbolo á la reconstrucción de este magnífico monumento, uno de los primeros de la Cristiandad.

Hemos recorrido la mayor parte de los principales edificios de la Ciudad Eterna en la parte comprendida en la margen izquierda del Tíber. De los que nos propusimos visitar por ese lado nos falta solamente conducir al lector á una iglesia, que si bien no figura entre las de primera categoría por su arquitectura y ornamentación, no es de las menos notables, y encierra además dentro de sus muros la obra más gigantesca, la más admirable de las que legara á la posteridad el incomparable artista Miguel Angel. Iremos allá; que por largo que sea el camino que vamos á recorrer no se arrepentirá el lector de habernos acompañado.

La iglesia de San Pedro *in Vinculis* fué erigida en el siglo V durante el Pontificado de San León el Grande, por Eudoxia, mujer de Valentiniano III, emperador de Occidente, para conservar allí las cadenas con las cuales Herodes hizo aprisionar á San Pedro en Jerusalem, y fueron donadas á la emperatriz por el Patriarca Juvenal. Reedificada esta iglesia por el Pontífice Adriano, Julio II la hizo restaurar en 1503, cediéndola á los canónigos de San Salvador que después han sido llamados de San Juan de Letrán. En 1705 fué

nuevamente restaurada hasta quedar en el estado en que hoy se halla.

En la arquitectura de esta iglesia, que no deja de ser grandiosa, se hacen notar veinte columnas antiguas acanaladas de mármol griego y orden dórico, que tienen siete pies de circunferencia.

Independientemente de la grande obra de escultura que forma la mayor riqueza de San Pedro *in Vinculis*, encierra otras de gran mérito y muy estimadas de los inteligentes. Un San Agustín pintado por el Guercino que se halla en el primer altar á la derecha, es un cuadro ejecutado con energía que presenta al gran Doctor de la Iglesia, lleno de vida y de expresión. La Libertad de San Pedro, cuyo original está en la sacristía, y una copia se ve en el altar inmediato al de San Agustín, es una de las obras notables del Domeniquino. Dos monumentos sepulcrales que se hallan á los lados de este altar y pertenecen á los cardenales Aguchi y Margotti, son obra también dirigida por el mismo artista, siendo de su propio pincel los magníficos retratos que los adornan. En el altar de otra capilla está la Santa Margarita, bellísima pintura reputada como una de las mejores del celebrado Guercino.

Un San Sebastián en mosaico, obra rara del siglo VII, y una Piedad que se atribuye á Pomarancio, son objetos de grande admiración para los artistas.

No podíamos dejar de mencionar estas preciosidades que forman parte de la riqueza artística de la iglesia antes de colocar al lector enfrente del asombroso monumento que por orden de Julio II, y para servirle de tumba proyectó y ejecutó en parte el insigne Buonaroti. Ya se deja entender que nosotros al llegar á la iglesia invertimos el orden, dirigiéndonos inmediatamente al lado derecho del crucero en donde se halla revistiendo la pared la gigantesca obra.

Debe saberse que el inmortal Pontífice, menos acaso por inmortalizar su nombre que por presentar á Miguel Angel una nueva ocasión de ejercitar su ingenio, le ordenó proyectase un gran monumento sepulcral de cuatro fachadas que

debería ser colocado en el centro de una de las naves de la Basílica Vaticana. Julio II, verdadero amator del arte y gran protector de los artistas, no escaseó á Buonaroti el dinero para los gastos de la obra, y esta fué avanzando hasta quedar concluida la fachada principal. Pero el costo que iba sacando, alarmó al Pontífice, y los trabajos fueron suspendidos hasta su muerte. Uno de sus sucesores, Paulo III, dispuso que la parte ejecutada ya de la tumba fuese erigida en el lugar en que hoy se halla.

Excusado es decir que la gran fachada del monumento que hoy causa el asombro del mundo en San Pedro *in Vinculis*, en la parte arquitectónica, es digna del talento y de la fama del gran arquitecto y escultor; mas lo que principalmente atrae las miradas de todos, lo que forma la admiración de los artistas, lo que mereció á su autor ser calificado como el primer escultor, no sólo de su siglo sino de los anteriores y de los que le han seguido, es el Moisés de tamaño colosal de un solo bloc que se halla sentado majestuosamente, como debajo de soberbio solio, en el nicho abierto en medio de la fachada. Nada hay en la estatuaria antigua ni en la moderna comparable con esta figura, que con razón han dicho unánimemente los artistas de todo el mundo, es única en su género. Concébase, si es posible, el aspecto de un gigante de hercúleas formas, cuya energía se puede admirar en los miembros del cuerpo que no se hallan cubiertos con abundantes y bien plegadas ropas; una cabeza largamente ovalada en la cual grandes ojos destellan una mirada feroz y penetrante; una frente espaciosa, nariz aguilena y lo demás del rostro casi cubierto con una espesísima barba que cuelga hasta más abajo de la cintura: el conjunto es el de un hombre que se halla en actitud de levantarse de su asiento, apoyándose sobre las tablas de la ley, y revela la acción de quien va á dirigir la palabra á todo un pueblo entregado á la disolución y á la idolatría, para comunicarle de parte de Dios los preceptos que han de normar en adelante su conducta. La expresión de la cara de Moisés descubre su misión divina y los sentimientos de que se halla poseído: la inspiración